

Mario Osses

Noticiario

CHILE A LA VISTA, de Eduardo Blanco Amor, Edit. del Pacífico, 1951.

Uno de los ensayos más difundidos de Ortega y Gasset termina: «Dios a la vista»... con que el autor de «El Tema de Nuestro Tiempo» anuncia el comienzo de inquietudes religiosas, establece la nueva sed de absoluto que prende en la humanidad.

Curioso.

Parece que en aimará Chile significa «lo más hondo de la tierra», y lo que por cierto no se finge sino es, nuestra poesía, revela con tres o cuatro maestros contemporáneos la sustancia de tan honrosa acepción: bastaría con evocar un puñado de obras en «Residencia en la Tierra», «Tala o La Ciudad Invisible» para convencerse de que el poeta chileno es buceador y tributario de lo absoluto, de lo que se levanta sin amarras, de lo que chupa su altura en las raíces mismas del Ser.

De ahí que el título de este libro nos parezca fruto de insustituible intuición.

Sobre nuestro país han escrito mucho, nacionales y

extranjeros. Según cierta autoridad hispánica e hispanista, se ha especulado tanto como sobre Grecia ¡y la Hélade ha sorbido la mayor preocupación del mundo en la historia de la cultura!

No nos admira que Blanco Amor haya padecido el hechizo de un pueblo que geográfica y racialmente posee de ilógico y escandaloso, de cosa fuera de lo sesudo con insistencia, capaz de provocar alabanzas e inventivas que ya cuentan entre las cuádrimilenarias. Lo que sí nos admira es que—como sin darle importancia y en ocasiones hasta burla burlando—nos entregue un libro ágil, jugoso, aristocrático y apretado, sin embargo de la sincopada celeridad en que debió concebirlo.

«Chile a la vista» es la compilación de Crónicas que Blanco Amor publicara en la prensa metropolitana, sujetándose al plan vital de su itinerario, que fué sucesivamente el de Santiago, Valparaíso, Punta Arenas, Chiloé, Puerto Montt, Temuco, Chillán, Concepción, Sewell, Antofagasta, Calama, Chuquicamata, Iquique y Arica. No hay el prejuicio del orden o jerarquía geográfica; a poco se tiene la certeza impagable de que se hallan licenciados todos los convencionalismos, desde los étnicos a los que prestigia la literatura. Nuestro autor se halla remoto de los simplismos eugenésicos y posee la suerte—según creemos—de no haber respirado la atmósfera recia de nuestros creadores, con que su visión resulta primicial y enteriza.

Lo que necesitábamos.

El libro se dedica a Alone, fino entre nuestros pro-sistas y sutil entre los evaluadores en la crítica hispanoamericana. Trae en seguida un pórtico del autor de «La Rebelión de las Masas», que es todo un Arte

Poética: «... el placer de la visión, de recorrer, de palpar con la pupila la piel de las cosas...». El acierto de ambas elecciones cifra la personalidad de Blanco Amor, y nos ayuda a comprender su prospección o programa vital, nos lo sitúa entre la minoría destinada siempre a explicar y superar a las mayorías.

Se nos afianza por el Prólogo en este criterio, un introito en que contrastan gallardamente la profesión de humildad poética estricta, el voto sobrio de no ingresar en la sustancia definitiva de los problemas sino tocarles la piel sugerente para desatar mensajes primerizos, y la aristocracia orteguiana de la forma, de opulencia verbo-conceptual arrolladora.

Estamos frente a un valorador y a un poeta cumplidos, con las culturales barbas «a la vista». Como en Larra, el periodismo es la cáscara caediza y contingente, mientras la pulpa es la firme y trascendental del ensayo; claro está que en el ilustre gallego que nos preocupa los atisbos eficaces y densos no empecen a la desenvoltura y boato retóricos, con que paga tributo al lirismo del ancestro, paisano de la saudosa y tenue Rosalía de Castro, de la tajante y compacta novelista de «Los Pazos de Ulloa», y sobre todo del estilista desmayado y señoril, cínico y retorcido de las «Sonatas».

La metrópoli ocupa la tercera parte del libro, y da pasto a temas de índole varia, que van desde los más inmediatos, concretos y domésticos, como el diti-rambo caliente al «Caldillo de Congrio», hasta la disertación medulosa de iconografía cristiana en «El Señor de Mayo», la de moralismo irónico del «Nocturno a la Virtud», o los agudos aportes filológicos en «Babelismo» y de psicología socio-popular chilena en «Mis Amigos los Ladrones», «Las Funerarias», «Sobre el

Siútico», «Sobre los Rotos» y el «Rotismo» y «Sobre la Borrachera y su Mística». En todos y cada uno de estos castizos mensajes emergen el poeta y el humorista que Blanco Amor reconoce en su propia etopeya, amén de tacto y señorío que se originan en la comprensión simpática de la realidad, aquella en que conocer es proceso de carnadura erótica: «El acto que el creador de «Chile a la Vista» declara con el nombre, Blanco Amor, es decir apego desmalezado y limpio de ídolos o prevenciones.

Cuando se leen las formidables «Notas sobre Gastronomía»—entre las cuales el susodicho «Caldillo de Congrio» junto con «Mercado Central» esplenden de sensual exuberancia—comprendemos de golpe que nuestro sibarita pertenece a la familia ventripotente y ventrisabia de los Juan Ruiz, los Rabelais o los Pablo de Rokha. Abdominal imperio es el de la poesía en todos los tiempos—y aún el del pensar filosófico, (pues no nos atreveríamos a suprimir el Symposium o Banquete). Nuestra literatura culinaria—vegetal y zoológica—le saca brillo a los reputados blasones de la cuaresmal lucha promovida por el Arcipreste, y el «Libro de Buen Amor» se enriquece con la Cosmogonía y Teogonía del Libro de Cocina en Arenga del Arte del gran licantenino. Ahora Blanco Amor deshoja la aristocrática galanura del decir en el elogio de la alcachofa. Es insuperable. Hermana de aquella que Juvencio entona de la lechuga o la col en su «Hijo del Guardabosque», esta oda del iluminado gallego tiene la rosa de la energía optimista y pagana del epitalamio; y—en puridad—¿hay más encarnado connubio que el blanco y sápido de la lengua y tubo digestivo con el alimento? ¿No expresa acaso el «roto»—esteta de la conducta cínica y libertaria—ser la hembra como la

comida? ¿Y no lo han aceptado los poetas? Se adelantó el Arcipreste: «el comie la vianda e mi facie rumiar...»

No podemos dejar en blanco la presentación de la alcachofa:

«Ahí viene! Abridle paso! Es enorme y perfecta... Llega en medio de una fuente, pomposa, altiva, con algo de procesional, de manjar sacro, de presente destinado a un sátrapa o un Gran Sacerdote. ¿En qué tierra fabulosa nacen estos alcauciles destinados a una raza, ya extinguida, de gigantes? Es como comerse un capitel corintio, de tamaño natural, o mejor un capitel lotiforme del período menfita. Pienso agradecido en la madre Natura, que ha ido fraguando para mí estos ciento sesenta pétalos jugosos y la pulpa del magnífico cogollo. Me hundo en su suave don fragmentado como en un éxtasis; voy desguazando, con preciosas lentitudes, su exacta arquitectura; devoro, en silencio de comunión, la hermosa flor monocorde...»

Ni sabríamos excusarnos de omitir el congrio que la sigue:

«Después viene el congrio totémico, el congrio en sí, sin excipientes superfluos ni barrocos ornatos; es decir, el mar de Balboa bajo su más ilustre especie de aletas. Viene tendido en la fuente, con serenidad y decoro de gran víctima ritual, orgullosa de su sacrificio. Es una cola ancha, acarminada, una gran cauda litúrgica. Antes de ir a él me hundo en una beatitud contemplativa y le preparo, con muelle descenso, un rubio lecho de vino, de un vino que es como un gran ópalo delicuescente, casi amanerado de tan perfecto en color, gusto y friaje».

¿No son incomparables estas hipérboles deliciosas,

casi místicas, estas corolas asociativas con que se aploman, coloran y perfuman descripciones que cuentan entre las casticísimas?

Valparaíso tiene que agregar al número de sus exégetas el de un pimpante prosista que ha sabido pulsar el arpa líquida del océano multisonoro como poquísimos, y ha logrado felices cateos en la estructura mental del plano y de las alturas.

La zona austral cuenta con páginas de ejecutoria en este libro. Comienzan con una recia, vibrante sinfonía en colores sobre las nubes, para la cual confiesa el vate haber tenido que estrenar nuevas paletas léxicas frente al desconcierto de lo inopinado. Las nubes del sur de Chile «son, a veces, unos lentos galerones cabeceantes que avanzan a velas desplegadas haciendo alta y serena singladura, pero que de pronto, como sacudidos por potencias terribles, se fragmentan, desintegrados, en súbita voladora como si hubiesen chocado contra una poderosa mina de silencio».

Cabal.

Lo sentimos hace años ya en Puerto Montt, y nos arrancó un poema áspero, en uno de cuyos pasajes coincidimos esencialmente con el autor de «Chile a la Vista» en considerar a las nubes como definitivas y fundamentales en el panorama «planetario», y en otorgarles epítetos en que se consagra estética bruta:

«Pero es el viaje diurno de tus nubes
elásticas y grises lo que yo amo.
Tus nubes, con su vuelo plúmbeo y triste,
con su recogimiento resignado,
un vientre tienen de preñez estricta
en que les engendró agua el viento macho:

¡por eso paren lluvia con denuedo,
con furia oscura, con pavor cesáreo,
como rasgadas por cuchillos hondos
y desgarradas por colmillos altos!...»

Bullen, y a las veces relampaguean, las vislumbres en lo geográfico y psicosocial de la zona. No nos admira, porque el acierto en Blanco Amor se ha hecho costumbre. Subrayemos, no obstante, la delicadeza de María «Menéndez tiene un Jardín», la fluidez de «Conciencia del Sur», y la conmoción, el temblor patético con que acomete en «Espíritu de la Materia»: «El Petróleo», un elogio viril del patriotismo a la sudamericana, el reconocimiento de familia entre chilenos y españoles, y por cima, la alegría sofrenada con que estremece la irrupción del chorro de oro fluído verdiamarillo. Son líneas de varonía que le patean a uno la sensibilidad las en que se describe el éxtasis de la fluxión: «Mis amigos, indiferentes al tacto viscoso, al punzante olor y a la ropa en desastre, meten la mano en el turbio líquido, como en una unción redentora, como en una limpia agua lustral que estuviese bautizando un nuevo adjetivo para el nombre de Chile... Yo, en silencio, mojo un ángulo de mi pañuelo en la oscura cauda aceitosa. Quiero llevarme este autógrafo, sin trazos, del nuevo protagonista de la esperanza y el trabajo chilenos».

¡Grande Blanco Amor, que por la vía caliente y espesa, que por el camino poético de la sensibilidad se nos identifica eróticamente, como el místico San Juan de la Cruz lo quería y lo recomendaba! Sean el petróleo, el cobre, la sal o el salitre, nos comprende siempre, fraternal, paternal, familiar, en suma... Hemos leído de las minas, ¡y cómo no!, pero no existe

nada comparable a las efusiones de «La Mina de Cobre», «El Gran Salitre» o «La Mina de Sal»: allí alternan el humorismo que finca inteligentemente su prosapia, el afecto sensibilidad con que se fragua la compasión de todo conocimiento, y el impulso que nace de la grandeza de alma, ése que nos lleva a creer, que nos empuja el esqueleto escéptico, porque sólo rigidez es lo que puede dudar...

Jamás se pierde la ruta de la poesía en este libro. Ni siquiera en Sewell, emporio de la técnica. Hay allí una vena mirífica en que lo menudo y casero se alza con la suprema magnitud estética, cual ocurre con todos los grandes, desde Fray Luis a Neruda. Es un canto al cobre, un elogio de lo natural y barato, al estilo de «aquella pobrecilla mesa» del agustino los poemas a la sal, el pan, el agua, de Gabriela o bien los nerudianos de la madera, del apio o el vino. Escrito en Chile, donde se hacen cosas de este lustre, el elogio al cobre es sencillamente magistral. Le fué inspirado por la mina de Sewell, y de hoy en más, Blanco Amor se incorpora a nuestra literatura castiza hasta la médula misma del tuétano, porque ha seguido con los de cepa el venero «cosal» del «Poema del Cid», «El Libro de Buen Amor», «La Celestina» y «El Quijote».

He aquí los áureos recursos con que se inicia el himno de la sencillez trascendente del cobre:

«Para mí el cobre es ese metal caliente, hermoso, amigo, que estoy viendo ahora en piezas de vario grosor, forma y peso. Es el metal que más me gusta. Me gusta más que el oro con su suficiencia orgullosa, su rútila inmoralidad y su sonido pedante; más que el platino con su inquietante y misterioso peso y su opacidad enfermiza; y que la plata, con su tristeza cle-

rical y su cursilería mesócrata. Mi trato posesivo con el cobre no va más allá del contacto con las monedas tibias que llenaban mi mano en la niñez, aquellas «perras gordas» de la avaricia infantil que se deslizaban sábanas abajo, desde su escondrijo bajo la almohada, y que encontraba a la mañana, con dulce susto, calientes del contacto corpóreo, como cosas vivas... Luego, como ya he dicho, he vuelto a encontrarlo, ya liberado y trascendiendo hacia el espíritu, en cuadros y utensilios de la estética popular, fregado, cálido, brillante, en pinturas de todas las latitudes y en alzaderos y cocinas andaluzas, gallegas, lagarteranas, vascongadas, levantinas y marroquíes. Aquí lo veo, por vez primera, en su inmediata fuente, apenas sin otra configuración que la meramente utilitaria, regida por el peso y por las normas del transporte. ¡Y también aquí, qué hermoso es! Parece fuego entumido. Aunque está helado siempre parece de lumbre. Su color no es nunca plano, monócromo, color de una sola nota como el de los otros metales. Siempre tiene un lugar para el matiz, unos poros para la variante, una zona cautelosa para el complemento en sordina... Son unas espectrografías calmas, jugando entre verde y violeta, suavemente, por entre ondas de rojos y muarés...»

Lo encontramos en la primera parte de «Chile al Norte» o «El Paisaje Mineral», dedicado a Julio Arriagada Augier, Subsecretario del Ministerio de Educación a quien todos los escritores debemos impulso comprensivo. A Julio, por cuya empresa se han hecho cosas de jaez, como la publicación de «Llampo de Sangre» de Oscar Castro y el viaje al Norte de Blanco Amor. (No nos atrevemos a incluir la edición de nuestra «Filosofía del Quijote»...).

¡Qué decididamente artístico y español, y también chileno, este elogio del cobre! Lo primero, porque el asunto es humilde y singular; lo segundo, porque es desinteresado y antiutilitarista; y lo tercero, por la suma.

En Antofagasta se asienta la «Geografía del Ojo», preñada y original. Y arbitraria. Convence estéticamente.

En «El Itinerario Deslumbrante» está el elogio seco y varón del nortino, con su impulso y su franqueza hasta su dentadura, que lo hace reír con «risa de nácar», desde la pampa al mar. No hay epitafio vivo más poderoso para el domador de la pampa enérgica que el de Blanco Amor cuando con la forma escueta de la puñalada o el esguince afirma: «Donde la naturaleza había dicho «no», el hombre dijo «sí», y se puso a demostrarlo como una ecuación cuya incógnita era la vida o la muerte. La fertilización industrial del desierto tuvo un riego: la sangre. Su fruto fué el mineral, pero su inesperada flor fué la alegría; esta alegría de «dientes que miran y de ojos que muerden», que resplandece en la cara morena del pampino». En la trocha de Baltazar Gracián y Quevedo, en el ferroconcepto de Alejandro, César, Séneca y Napoleón. ¿Quieren pedirle más vitaminas al estilo?

En «De Calama y el Río Loa», «De Calama a Algo así como la Luna», «San Pedro de Atacama y Toco-nao», «Chuquicamata» o el «Alma Ausente» hasta llegar a «El Gran Salitre», son diestros golpes al plexo de la idiosincrasia. En «Novedades al Norte» nos encontramos con dos páginas del humor más finamente desatado en torno de los chinos y los alcatraces. Luego algunas sugerencias sobre la explotación de las albacoras y del turismo y algunas pinceladas precisas

y limpias sobre Iquique o la «Transitoriedad Permanente».

En «Heme Aquí en Marcha hacia los Oasis», duélese nuestro autor de la oficial desidia civil por la cultura, mientras celebra la dedicación hacia los desinteresados menesteres del espíritu que acusan las Fuerzas Armadas, entre las que se incluye a Carabineros. En su austral itinerario se había plañido de la indiferencia de los educadores. Y todo es verdad.

Esta observación—como tantas otras que proyecta el autor de «Chile a la Vista»—se hace con comediimiento y cariño. La agradecemos; campearemos por obliterar las bases en que se apoya.

Hay un capítulo que deja huella violenta. Se llama «Don José».

Es la acerada biografía de don José Menéndez, prócer de Punta Arenas en los diferentes sesgos de la actividad: los negocios, la industria, las artes y la filantropía. Blanco Amor se enciende en justo patriotismo al promover la síntesis vital del eminente asturiano, y a la manera de Unamuno en el capítulo de «Vida de Don Quijote y Sancho» en que emprende la apología de la raza vasca, hace compacta y firmísima la retórica barroca: «Su trasmuerte va cada día dando más razón a su vida. Yo le conozco de antiguo, mucho más que por las referencias de quienes le tuvieron en los ojos de la carne y en la carne del corazón...»

Dos actitudes fundamentales sazonan esta rapsodia elegíaca, dos módulos con que el autor irgue su estatura en evidente continuidad y salud encomiable: el valor de elogiar generosamente a los triunfadores de la acción, y el fuego nuclear del patriotismo que

rebasándole las entrañas fervorosas ilumina hasta los bordes de la periferia.

En efecto.

Hanse acostumbrado las gentes a la dádiva de leprosería, ésa que dispensamos a cuantos el buen éxito desahucia, a los desvalidos por subjetivas o ajenas causas. Y nos hallamos en el trance sabrosísimo, en la nietszcheana paradoja de requerir la protección de los bien dotados, o en última instancia que se les perdone serlo. ¡El talento debe explicaciones a la mesocracia!

Por otra parte, nacionales apocados y resentidos estofan buenamente la opinión de que existen «razas superiores». Como las luces de parejos empresarios no van más allá del siglo XIX, resulta que por «superiores» entienden las anglosajonas. No les deja engordar criterio tan infuso el autor de «Chile a la vista» pues tenemos que escindir mucha tela aquende y allende el último centenar de años.

Y he aquí como cierra el encomio de don José:

«Ya sé que no es de uso entre los escribas frecuentes la limpia generosidad con los ricos. Hay un reconcomio hacia el que triunfa, una especie de envidia sorda, aunque no muda, que se acentúa cuando el triunfador es un español; como si los españoles no fuesen los que dejan aquí su sangre, sus riquezas y sus despojos, en los mismos lugares donde los otros, los de las «razas superiores», adulados por los escribas habituales, no dejan más que el «hoyo». Pero como decía Rubén: «que bufe el eunuco».

Eso, don Eduardo.

Y mientras bufa, acéptenos agradecerle este libro de casta hispanochilena. Ud. nos ha saboreado la idiosincrasia y nos ha hecho saborearla a través de

su temperamento hidalgo. Sin duda pudiéramos disputar mucho acerca de las afirmaciones y negaciones que su bien recortada péñola levanta. Por ejemplo, aquello de que nos haga falta «el café». Pensamos que nuestra modalidad introversa, la que nos procura esa enorme, andina conciencia de soledad histórica, favorece a la creación estética: ¡nuestra literatura bien vale la pérdida del «café», y hasta un real «estatuto del vino», como lo exige Pablo!

¡Y tantas otras apreciaciones en que disentimos, don Eduardo!

Pero lo en que consentimos es de mayor volumen, mientras nos alborozan sus aptitudes de analista y literarios atuendos. Lo uno y lo otro son menester, y caen en tierra de sembradura, largamente barbechada. Así germinen.

Su estilo imperial nos devuelve a Quevedo, para cuya lectura sí se necesitan alforjas. Ud. tiene exacto perfil de escritor hispánico por el desembarazo expresivo y la inmodesta copia de figuras y la osadía léxica. Si Ud. no tiene una pieza verbal que le satisfaga, la forja, pues conoce los recursos morfológicos de composición, derivación y parasíntesis. Ud. adjetiva a menudo con originalidad limpia; sabe que el epíteto, «cuando no da vida, mata», y está Ud. por la existencia, y aun por la vivacidad.

Predomina en Ud. el sentido integérrimo, totalizador: la vista. En lo que es Ud. casticísimo. Pero se adivina en ella la integración de las sensaciones sápidas, olfativas, y sobre todo, cenestésicas u orgánicas con preñadas cargas de afecto. ¡Ni qué mentar las auditivas...!

Su libro es lección para los avisados y para los desmañados.

«Sin juramento nos podrá creer» que ha de contar entre los indispensables.